


Por último, se le llama también *Agape*, de una palabra griega que significa *amor, caridad*, y la Eucaristía es un testimonio palpitante del amor de Jesucristo y símbolo precioso de la caridad fraterna.



## IV

## FIGURAS DE LA EUCHARISTIA.

En la Divina Eucaristía pueden considerarse: primero, solamente la materia y las especies, es decir, el pan y el vino; segundo, solamente el Cuerpo y la Sangre de Cristo que es lo que se contiene en aquellas especies después que han sido consagradas; tercero, solamente la gracia, comunicada á manera de alimento espiritual, que es lo que se significa en este Sacramento por las señales exteriores ó signos sensibles del pan y del vino; cuarto, juntas todas las propiedades de Sacramento tan admirable.

Bajo estos cuatro puntos de vista ha sido anunciada la Eucaristía, ya en la antigua, ya en la



nueva ley, revelándose en distintas y admirables figuras.

Así es que, estos signos, en sentir de Santo Tomás, se reducen á cuatro clases, expresando los de cada clase una de las cuatro formas en que puede considerarse el Sacramento augusto que fortalece y alumbra nuestras almas.

#### SIGNOS DE LA PRIMERA CLASE.

Cuando Abraham volvía victorioso, después de haber derrotado al rey de los elamitas y á sus aliados, *Melquisedec, rey de Salem, ofreciendo pan y vino, porque él era sacerdote del Dios excelso, le bendijo, diciendo: Bendito Abraham del Dios excelso que posee cielos y tierra.*

Estas palabras, versión gramatical del texto hebreo, hecha según lo exige el rigor de la propiedad de las voces y el sistema luminoso de la acentuación tradicional entre los judíos, tan recomendado por los más célebres gramáticos, así católicos como protestantes y rabinos, presentan la figura más expresiva del augusto sacrificio del altar, instituido por nuestro Divino Redentor en

la noche de la cena, bajo las especies del pan y vino.<sup>1</sup>

La figura es clara.

La ofrenda de este pontífice es pan y vino, materias puras y sin sangre, en las cuales Jesucristo debía ocultar la carne y la sangre de su nuevo sacrificio.

Abraham participa de esa ofrenda antes de haberse sometido á la ceremonia legal de la circuncisión: era, entonces, ese sacrificio de pueblos incircuncisos é imagen del que instituyera el Redentor de la humanidad, cuya excelencia es más grande que la de los sacrificios de la circuncisión, porque fué preparado para todos y no sólo para el pueblo judío que era el único que en la ley antigua ofrecía holocaustos aceptos al Señor.

Melquisedec lo ofrece como sacerdote del Altísimo y lo distribuye después á los asistentes para repararlos de las fatigas de sus combates: Jesucristo ofrece igualmente el suyo y lo distribuye á los fieles para repararlos y fortalecerlos en los combates de la vida.

Lleguemos con la fe de Abraham á este nuevo sacrificio, que Abraham vió en espíritu, en esa

<sup>1</sup> Nota de Amat al ver. 18, cap. XIV Gen.



hermosa figura que lo anunciaba en la antigua ley y con el cual se sintió lleno de regocijo, como se regocijó de ver al Salvador que había de nacer de su raza. <sup>1</sup>

---

“Habló el Señor á Moisés, enseñan las Santas Escrituras, diciendo: Habla á los hijos de Israel y díles: Cuando hubiéreis entrado en la tierra que os daré y segado las mieses, ofreceréis al sacerdote manojos de vuestras espigas, primicias de vuestra siega.”

“Contaréis desde el día segundo de la fiesta en que ofrecísteis el manojos de las primicias, agregan las Santas Escrituras, siete semanas enteras, hasta el otro día de cumplida la séptima semana, que vienen á ser cincuenta días; y entonces ofreceréis *en nuevo sacrificio al Señor* en todas partes en que habitáreis, dos panes de primicias, hechos de dos décimos de flor de harina con levadura.”

En estos dos panes fermentados que el pueblo judío ofrecía al Señor, para reconocer su domi-

<sup>1</sup> Rohrbacher: Hist. de la Iglés., tomo I, pág. 122.—Bossuet. Elev.

nio supremo, ven los intérpretes la segunda imagen ó figura de la divina Eucaristía, considerando en ella las especies solamente.

---

Los panes de proposición, colocados sobre una mesa, en el templo de Jerusalén, eran perpetuo testimonio de la dependencia de los judíos, con respecto á Dios, y de que reconocían un imperio absoluto sobre sus vidas, representadas por el pan, condición esencial de ellas; la Eucaristía es igualmente perenne testimonio de nuestra dependencia absoluta respecto de Dios: los doce panes de proposición se ofrecían diariamente en nombre de las doce tribus de Israel; el Cuerpo de Nuestro Señor se ofrece diariamente en nombre de todos los cristianos: los panes de proposición, en la antigua ley, sólo á los sacerdotes tocaba confeccionarlos; las especies de pan y vino, en la nueva, sólo pueden consagrarse por los sacerdotes: encima de aquellos había un vaso de oro lleno de esquisitos perfumes; el objeto de la comunión es hacer del alma un vaso de oro por la caridad, lleno del perfume de la oración y de la alabanza.



La figura no puede ser ni más bella ni más expresiva.

En la nueva ley, las figuras son prodigios, que anuncian los más asombrosos portentos que ha de realizar Jesucristo en la víspera de su pasión.

Llega Jesús á Caná y es invitado á una fiesta nupcial, con sus discípulos.

María, su amorosa Madre, le dijo: "No tienen vino."

María, no obstante la dulce repulsa que le había hecho Jesús, dijo á los criados: "Haced lo que él os diga."

Jesús, entonces, mandó que llenaran de agua seis urnas de piedra que servían para las abluciones: las llenaron hasta el borde.

Dijo después Jesús: "Tomad de esa agua y llevadla al jefe del festín;" la llevaron. . . . El agua estaba convertida en exquisito vino.

Este prodigio que llenó de admiración á los moradores y convidados de la casa de Caná, anunciaba otra maravilla más asombrosa.

El que había convertido la agua en vino, convertiría dentro de poco el vino en su sangre preciosa.

El que había hecho gustar vino delicioso á los convidados á un banquete nupcial, haría gustar á todos los invitados al banquete del cielo, un vino que engendra vírgenes, como es la sangre del Cordero sin mancha.

Lo posible y lo fácil que es para Dios convertir una sustancia en otra distinta, quedaban proclamados sin sombra.

Era la preparación de las almas, para que no abrigaran dudas de la conversión que había de realizar á poco tiempo, la víspera de su muerte, convirtiendo el pan en su cuerpo adorable.

La figura es un portento.

Continúan los prodigios.

Poco después de la muerte de Juan Bautista, el Salvador se dirigió á Cafarnaun; cruzó el mar de Tiberiades, acompañado de sus discípulos, y entró en un vasto desierto; pero los pueblos, que seguían todos sus pasos, hallaron medio de unirse con él para escuchar su doctrina y conseguir la curación de sus dolores.



Entonces fué cuando para recompensar su fidelidad, atendiendo á sus necesidades, multiplicó milagrosamente cinco panes y dos peces, con los cuales sació á cinco mil hombres, sin contar las mujeres y los niños.

Esta prodigiosa multiplicación era el preludio de otra más portentosa: la multiplicación del pan eucarístico.

Si Jesucristo había convertido una sustancia en otra, si había multiplicado prodigiosamente cinco panes, para saciar á cinco mil hombres que hambrientos le seguían, no podía dudarse después, que le era fácil convertir el pan en su cuerpo, y para saciar á los hambrientos de luz y de amor, multiplicar ese pan misterioso y alimentar con él á todas las generaciones que buscan ansiosas la vida eterna.

Aquella misma tarde del día en que multiplicó los panes, estando de regreso en Cafarnaun, anunció al pueblo que le daría un pan mejor que aquel con que lo había saciado, un pan más celeste que el maná con que sus padres se habían alimentado en el desierto.

“Yo, les dijo, soy el pan vivo que descendió del cielo: este pan que os daré, cuando llegue la hora,

es mi carne que será inmolada para la salvación del mundo.”<sup>1</sup>

En concepto, pues, de Jesucristo mismo, la multiplicación de los panes fué preludio y figura de la divina Eucaristía.

---

SIGNOS DE LA SEGUNDA CLASE.

Por razón de las especies consagradas ó sea el cuerpo y sangre de Cristo, fueron figura de la Eucaristía todos los sacrificios antiguos.

Entre estos, tres son los que de un modo más singular revelaron sus caracteres y su importancia.

---

Bendecido por Dios, reverenciado por los hombres, con un hijo en quien debían ser benditas todas las naciones de la tierra, Abraham había llegado al colmo de la prosperidad.

<sup>1</sup> Gaume, tomo 3º, pág. 61.



Precisamente en este momento lo sujetó el Señor á una prueba terrible.

—Toma á Isaac—le dijo,—á tu hijo único á quien tanto amas, y ve á la tierra de visión y allí me le ofrecerás en holocausto sobre uno de los montes que yo te mostraré.

Levantóse pues Abraham antes del alba, aparejó su asno llevando consigo á dos mozos y á Isaac su hijo. Y cortada la leña para el holocausto, encaminóse al lugar que Dios le había mandado.

Al tercer día de camino, alzando los ojos, divisó el lugar á lo lejos y dijo á sus mozos: "Aguardad aquí con el jumento, que yo y mi hijo subiremos allá arriba con presteza, y acabada nuestra adoración volveremos á vosotros."

Tomó también la leña del holocausto y cargóla sobre su hijo Isaac, y él llevaba en las manos el fuego y el cuchillo. Caminando así los dos juntos, dijo Isaac á su padre: "Veo el fuego y la leña, ¿dónde está la víctima del holocausto?"

"Hijo mío, respondió Abraham, Dios sabrá proveerse de víctima para el holocausto."

Llegaron finalmente al lugar que Dios le había mostrado, erigió un altar, acomodó encima la leña y habiendo atado á Isaac su hijo, púsole en

el altar sobre el montón de la leña, extendió la mano y tomó el cuchillo para sacrificarlo.

De repente, el ángel del Señor gritó del cielo: "No extiendas tu mano sobre el muchacho. . . . me doy por satisfecho de que temes á Dios, pues no has perdonado á tu hijo único por amor de mí."

Alzó Abraham los ojos y vió atrás de sí un carnero enredado por las astas en un zarzal, y habiéndolo cogido, le ofreció en holocausto en vez del hijo.

Abraham llamó á este lugar Moriah, esto es, el Señor ve y provee.

En esta bellísima escena descrita con inimitable lenguaje, porque es el lenguaje del cielo, aparece en figura la divina Eucaristía.

Sobre el monte Moriah fué edificado el templo de Salomón, y una de sus cimas se llama Calvario.

Isaac lleva á ese monte la leña sobre la cual debe ser inmolado; Jesucristo llevará también á la misma montaña el leño en que lo ha de sacrificar la ingratitud de su pueblo.

Isaac es el hijo único de Abraham; Jesucristo es Hijo único de Dios.

Isaac fué colocado vivo sobre la leña del holo-



causto; Jesucristo fué también colocado vivo en el leño de su sacrificio.

Isaac, de treinta años próximamente, pudo con facilidad sustraerse á la muerte, y por lo mismo, si fué colocado sobre la leña del holocausto, fué porque quiso; Jesucristo, igual á su Padre en poder, pudo con facilidad libertarse de la muerte, y en consecuencia, si se ofreció á ella fué porque quiso.

Isaac fué inmolado por su padre, que había puesto en él todo su amor; Jesucristo lo ha sido por su Padre, que tenía en él todas sus complacencias.

La Sinagoga oraba en el nombre y por los méritos de Isaac; la Iglesia ruega en el nombre y por los méritos de Jesucristo.

La sangre de un cordero fué ofrecida en holocausto por Abraham; la sangre de Jesucristo será ofrecida en sacrificio por la redención del hombre.

El sacerdocio de Aarón ofrecerá aquella sangre figurativa sobre el monte Moriah en el templo de Salomón; el sacerdote eterno ofrecerá en la misma montaña la sangre divinamente propiciatoria, su propia sangre en el altar de la Cruz.

La figura no puede ser más expresiva. Abraham entrevió el gran misterio de la Cruz, perpetuado en la divina Eucaristía.

Dios sin duda, para recompensar la heroica obediencia del padre y del hijo, les reveló el sentido misterioso y profético de su sacrificio.

¡Qué inefables sentimientos de gozo y de piedad debieron entonces inundar sus almas! ¡Con qué ardor suspirarían por ver el día de ese otro Isaac, en quien Dios prometió con juramento que serían por siempre benditas todas las naciones de la tierra!

¡Y cuáles no deben ser nuestros sentimientos de fe y de amor, cuando, más felices que Abraham y que Isaac, palpamos el cumplimiento de esas promesas!

¡Con qué inefable devoción debemos asistir al sacrificio adorable en que el hijo de Dios realiza tan hermosa figura!

¡Oh Dios de Abraham y de Isaac, dadnos la fe de Isaac y de Abraham!

---

Después que Moisés manifestó al pueblo hebreo que Dios le prometía la tierra de Chanán y



abundancia de bienes temporales, si observaba la ley, escribió en un libro todo lo que el Señor le había dicho y leyó ese libro delante del pueblo, el cual dijo: "Haremos todas las cosas que ha ordenado el Señor y seremos obedientes."

Tomando entonces Moisés la sangre de las víctimas que habían inmolado algunos jóvenes de los hijos de Israel en holocausto al Señor, roció con ella al pueblo, diciendo: "Esta es la sangre de la alianza que el Señor ha contraído con vosotros, mediante todo lo tratado."

Esta sangre con que roció Moisés al pueblo, es, como enseña Santo Tomás, figura de la sangre de Cristo, que había de confirmar el Testamento Nuevo. Por eso en la noche de los grandes misterios y de los grandes dolores de Jesucristo, ofreciendo éste el cáliz á sus discípulos, que con él celebraban la Pascua, les dijo: *Esta es la sangre del Nuevo Testamento*, usando así de las mismas palabras de que se valiera Moisés al publicar el pacto que el Señor hiciera con su pueblo.

El apóstol San Pablo, tan versado en la ley y en los usos de los hebreos, siglos después de que apareció la figura, se encargó de esclarecerla é iluminarla.

"La sangre de la antigua alianza, dice el gran apóstol, esparcida sobre los inmundos, los santifica en orden á la purificación legal de la carne."

"Cuánto más, agrega, la sangre de Cristo, el cual por impulso del Espíritu Santo se ofreció á sí mismo inmaculado á Dios, limpiará nuestras conciencias de las obras muertas de los pecados, para que tributemos un verdadero culto al Dios vivo."

La sangre de la antigua alianza fué, entonces, la figura de la sangre redentora del Calvario.

Todavía San Pablo hace un recuerdo más preciso.

"Por eso, dice, ni aquel primer testamento fué celebrado sin sangre, puesto que Moisés, después que hubo leído todos los mandamientos de la ley á todo el pueblo, tomando de la sangre de los novillos y de los machos de cabrío, mezclada con agua, lana teñida de carmesí y el hisopo, roció el mismo libro de la ley y también á todo el pueblo diciendo: "Esta es la sangre que servirá de sello del testamento que Dios os ha ordenado ó hecho en favor nuestro."

Agua y sangre brotó del herido corazón de Jesucristo.



El sacrificio realizado en el Calvario tuvo su imagen en el que hizo Moisés para sellar el testamento antiguo.

Sangre mezclada con agua se esparce todos los días en los altares que la Iglesia católica levanta, á semejanza del que levantó Moisés al publicar el pacto que Dios ajustara con su pueblo.

Y la Iglesia recuerda al hacer ese sacrificio, tomando las palabras de Moisés, que repitió el sacerdote Eterno al celebrar la última cena, que esa sangre que derrama sobre las aras consagradas, *es la sangre del Nuevo y Eterno Testamento*, para la remisión de los pecados.

La Divina Eucaristía, el sacrificio del altar, que es nuestra redención y nuestro consuelo, tuvo, en consecuencia, una figura expresiva y luminosa en la sangre que Moisés esparciera sobre el pueblo, para sellar la alianza antigua.

---

Entre los sacrificios que ofrecía al Señor el pueblo libertado por Moisés de la servidumbre de Egipto, existía uno que se llamaba *sacrificio perpetuo*.

En él se inmolaban cada día sobre el altar de

los holocaustos dos corderos, uno por la mañana, cuando el sol comenzaba á difundir la suave claridad de su luz, y otro por la tarde, cuando las sombras principiaban á extenderse sobre la tierra.

El cordero que se inmolaba no había de tener tacha ni vicio alguno.

El que ofrecía la víctima ponía la mano sobre la cabeza de ésta, á fin de mostrar así que la ofrecía para que en lugar suyo fuese sacrificada y que Dios, por gracia especial, aceptaba la vida de los animales en lugar de la de aquellos que ofrecían el holocausto.

Se esparcía la sangre de la víctima al pie y al derredor del altar, porque la vida del animal, que está en la sangre, era como el precio que Dios recibía en cambio de la vida del hombre que tenía derecho de exigir.

Se quemaba la víctima entera ó en parte para significar, por el humo que subía hacia el cielo, que Dios parecía recibir el sacrificio que le era ofrecido.

La víctima se presentaba por aquel que la ofrecía, y participaba de ella en el sacrificio pacífico.

Este sacrificio perpetuo que se ofrecía diaria-



mente en el altar del pueblo de Israel es también una figura de la Divina Eucaristía.

El cordero no debía tener mancha; Jesucristo fué cordero sin mancha, escogido y separado de los pecadores, para ser ofrecido á Dios en sacrificio digno de él, el único elevado á una santidad perfecta, por la unión inefable del Verbo con el hombre en la Encarnación; y por eso San Pedro dice que fuimos rescatados con la sangre preciosa de Cristo como de *un cordero inmaculado* y sin tacha.<sup>1</sup>

El que ofrecía la víctima ponía la mano sobre su cabeza, mostrando así que la ofrecía para que en su lugar fuera inmolada; Jesucristo, que sabía que su Padre le había dado un cuerpo para que fuese la víctima verdadera, lo entregó para que en la cruz se ofreciera en holocausto por la redención del mundo.

La sangre de la víctima se derramaba al pie del altar; la de Jesucristo se derramó al pie de la cruz, reparando así el ultraje hecho á la santidad de Dios por el pecado, preparando al hombre una fuente de gracias que lo santifica y lo une á Dios por toda la eternidad.

<sup>1</sup> Epist. I. 19

Se quemaba sobre el altar la víctima; del mismo modo, en la Resurrección gloriosa de Jesucristo, la divinidad, figurada por el fuego que consumía la carne de las víctimas legales, acabó de destruir lo que había, lo que quedaba en su cuerpo de terrestre y de corruptivo, y lo hizo subir hacia su Padre en el día de la Ascensión.

La víctima se presentaba por aquel que la ofrecía, y éste participaba de ella en el sacrificio pacífico; la víctima del Nuevo Testamento se ofrece al Padre por mano de los sacerdotes, en nombre de toda la Iglesia que con ellos se une, y se hace el alimento del pueblo de Dios que come esta carne inmolada y bebe la sangre esparcida sobre el Calvario, como preciosa prenda de reconciliación con el cielo.

Pasó la figura: en los altares de la Iglesia Católica se realiza el sacrificio que hacía el objeto de la confianza de todos los santos y de los profetas de la antigua ley.

“Ya no aceptaré, decía el Señor, de vuestra mano ofrenda ninguna, porque desde el Oriente hasta el Ocaso y en todo lugar, se sacrificará y se ofrecerá al nombre mío, una ofrenda pura.”<sup>1</sup>

<sup>1</sup> Malaquías, 1, 10.



## SIGNOS DE LA TERCERA CLASE.

Por razón de la gracia fueron igualmente imagen y figura de la Eucaristía el árbol de la vida plantado en medio del Paraíso, el maná llovido del cielo para alimentar al pueblo en el desierto y el pan subcinerario que sustentó maravillosamente á Elías.

Acabados los cielos y la tierra y hecho el hombre *viviente* y con alma racional, fué llevado por el Señor á un deliciosísimo jardín en donde había hecho nacer, de la tierra misma, toda suerte de árboles hermosos á la vista y de frutos suaves al paladar.

Adán estaba allí solo: no se hallaba para él una ayuda ó un compañero que le fuese semejante.

Dios hace caer sobre Adán un sueño profundo; le quita una costilla mientras estaba dormido, y forma con ella á la primera mujer tan dulce y tan hermosa, que al verla Adán exclamó lleno de amor y de admiración: Esto es hueso de mis huesos y carne de mi carne.

Adán y Eva eran, en expresión de San Juan

Crisóstomo, como dos ángeles revestidos de cuerpos.

Adán y Eva eran inocentes y fueron creados para ser inmortales.

Esta inmortalidad no provenía de la naturaleza intrínseca del hombre.

Formado su cuerpo de elementos contrarios, como lo está el nuestro, esa contrariedad, esa pugna de elementos que se excluyen, necesariamente debía producir su natural disolución.

Esa naturaleza íntima del hombre, aun en el estado de inocencia, entrañaba la inevitable necesidad de morir.

Aun en el estado de inocencia, nutrirse era una operación natural y necesaria para el cuerpo viviente.

El cuerpo tenía entonces que estar dotado, como ahora, de cierta fuerza nutritiva que, siendo una fuerza natural, con el ejercicio tenía que debilitarse y hacer que el organismo, por ese mismo ejercicio de las funciones vitales, se hiciese inepto para la nutrición.

La misma propia experiencia pone de manifiesto que la eficacia y el vigor de la fuerza nutritiva se va debilitando poco á poco y que, pasando los